



El rito ancestral de la muerte en el Zenú

Autores:

Rosa Montaña Salgado.

Antropóloga. Indígena Zenú

Daniel Vargas Olarte

Político-Abogado. Ministerio del Interior.

La muerte como ritualidad hace parte de la cotidianidad de los Zenúes, en ella transcurre la creencia de vivir el pasado, el presente, el futuro y lo terrenal de la vida con el más allá. La muerte ata el pasado de los Zenúes, es terminar una vida material y sobre la cual se debe rendir cuentas en la eternidad. Es un regalo al nacer la vida, por ello los nativos no se sienten intimidados por este periodo del cuerpo en la tierra; lo toman con buen ánimo, pues creen que la vida será más tranquila, ya que el espíritu no tiene un cuerpo al que le deba obligaciones.

Para un Zenú, la muerte debe ser exaltada en las ceremonias mortuorias, llamadas: despacho del alma o novenario. Las cuales consisten en la visita tanto de familiares como conocidos a la casa del difunto con el propósito de desarrollar el ritual. Nueve días en los cuales el consuelo adquiere una importancia trascendental para los familiares del muerto en medio de actividades adicionales para sobrellevar el duelo, como juegos de azar, comida y bebidas corrientes (café, masato) o bebidas fermentadas tradicionales ("ñeque", conocido también como chirrinchi o tapatusa y chicha).

El ataúd también resulta ser un complemento de la cotidianidad Zenú, es normal encontrarlo en el zarzo o mesanini de las casas de los pobladores como parte del ornamento; se acondiciona una base en madera fijada en el techo donde se guarda el cajón. Como ellos dicen: no se sabe cuándo la muerte toca la puerta. La caja es de uso público, se puede prestar a un vecino que no lo haya mandado a hacer, como respuesta a una tradición de convivencia. Luego de llevarse a cabo el entierro, el ataúd es mandado a hacer con las mismas especificaciones del que fue prestado para reponerlo a la familia generosa.

El difunto adulto es ubicado en el cajón con los ojos cerrados, de lo contrario, la tradición indica que puede llevarse a alguno de su familia. Se considera inadecuado dejar al muerto con facciones o posturas bruscas como la boca abierta o un miembro del cuerpo en posición incómoda, esto significa que se encuentra penando por algo que pasó en su entorno.

Una vez se acomoda en el ataúd, al difunto lo llevan a recorrer la casa que residía para que no olvide el hogar y recoja los pasos en la tierra. Es transportado en hombros por amigos cercanos, y luego del recorrido en el hogar, se traslada a su primera estación que es la iglesia. En casa, la familia se queda para disponerse a hacer un altar con flores, velas, un vaso con agua y algodón, que representa la vida y a su vez para que el muerto retorne a tomar agua durante el novenario y hasta su despedida definitiva.

Cuando el difunto es traslado de la iglesia hasta su última morada, el cementerio, se realiza nuevamente el ritual de alzarlo en hombros, en medio de una peregrinación de acompañantes organizados en dos filas, una de la familia y otra para el muerto. Las hileras forman un camino que





es iluminado con las velas encendidas por las personas y con los mechones o bombillos de luz eléctrica en el exterior de las casas con el fin de asegurar un viaje espiritual más cerca de Tií (Dios Zenú).

Cuando el indígena es sepultado, la cabeza es situada hacia el poniente, ya que es donde se oculta el sol.

Posteriormente la tierra es lanzada al agujero, pisándola con tres palos de madera, dos de ellos llamados pisones hembras y otro pisón macho, que al golpearlos con la tierra depositada sobre el ataúd producen sonidos similares al de un tambor, los cuales se acompañan con la entonación de frases alusivas a la muerte y al difunto. La música que se genera motiva una danza considerada como el ritual más importante de la muerte porque anuncia el renacer de la vida. Hay regocijo por el descanso de todo lo que hizo el cuerpo en la tierra. Los que sepultan toman bebidas tradicionales (masato, chicha, chirrinche o tapatusa), también, con ocasión de la multitud que asiste a la ceremonia, surge el enamoramiento de parejas que dan paso a otro ritual: el rapto de la novia.

Al finalizar el funeral, la apariencia física de la tumba la determina el cargo de autoridad que ocupaba el indígena en su comunidad. Según la jerarquía, el tumulto de tierra debe ser diferente a los del común, si es de un cacique, el cúmulo debe ser más alto.

En los rezos de las nueve noches, las mujeres conversan y oran; los hombres juegan cartas y dominó; narran cuentos, leyendas y chistes; los niños se divierten con rondas y juegos infantiles, se ofrecen comidas, ron, ñeque, tinto y calentillo.

Para el velorio se busca un rezandero, que sea reconocido en el resguardo, quien interpreta el rosario cantado y hablando entre dientes, con palabras poco entendibles, mezclando el rito católico con frases populares e incluso arengas políticas. El rezandero coloca una silla y se para delate de la cruz para intervenir y pedir que el espíritu tenga el derecho de entrar al Cerro Mohan (montaña sagrada). Son nueve noches de lucha para el rezandero, en las que limpia los pecados del difunto hasta entregarlo espiritualmente puro al Cerro Mohan. En contraprestación por sus servicios, el rezandero es alimentado por parte de la familia del muerto, debido a que el ritual tiene tres jornadas en horas puntuales, 7:00 p.m., 11:00 p.m. y 2:00 a.m.

La comunidad por su parte llega con alimento para la familia del muerto, para que estos tengan vitualla (yuca, ñame, plátano) y café, complementos fundamentales para hacer del novenario, jornadas de fluida reflexión.

Después del “rezo” viene “La acompaña”, reuniones nocturnas de solidaridad durante un mes en casa de los deudos, para acompañarlos a sobrellevar la ausencia. El “despacho” o despido del alma se realiza a los nueve días del deceso, en la media noche; el rezandero empieza a recitar su rosario cantando y a dismantelar el altar, cada familiar del difunto apaga una vela para simbolizar que el alma del muerto deja el mundo de los vivos, todo queda en oscuridad. Aquí la familia vuelve a llorar y a recitar con cantos luctuosos lo que el muerto era en vida para que la comunidad





escuche. Las puertas de la casa deben estar despejadas para no obstaculizar la salida del espíritu, ya que si alguien irrumpe en su viaje, podría ser llevado al más allá por el conmemorado o caer enfermo de fiebre.

Para el niño o niña que muere, el ritual es diferente ya que ellos deben ir vestidos de rojo, que significa neutralidad entre el bien y el mal, es un color que se puede ver. Los ojos deben ir abiertos con dos varitas que son tomadas del “lalá” (alar del techo de la casa de palma), para que reconozca a la familia y allegados, evitando así la compañía que fuerzas adversas que los raptan. Al niño se le coloca una flor en la boca simbolizando que hizo parte de la vida y de la naturaleza. Es enterrado con la cabeza hacia al naciente por ser un inocente, mirando a la luz del sol. La familia le hace un altar con flores rojas denominado “iluminado”. Los niños asistentes deben ir vestidos de rojo y cargan el ataúd para que nada pueda detener su viaje. El velorio es animado con tonadas interpretadas por conjuntos de pitos, tambores y juegos de florón (juego de ronda que hacen los niños con flores).

Los Zenúes consideran que la muerte es culminar una vida de buenas y malas obras, para ser recordado como un ser amado u odiado entre la comunidad; eso se evidencia por la cantidad de asistentes tanto en el sepelio como en el novenario. Los indígenas no van a un entierro por protocolo o aparentar, lo hacen por el amor hacia el homenajeado, y si esto va acompañado de la lluvia, confirma aún más la bondad del difunto.

La diferencia principal entre conducir el difunto a la bóveda o a la tierra en el cementerio, es que en esta última el cuerpo es concebido como abono, representa que así como él se aprovechó de la madre tierra, debe devolverle ese favor. Es otra manera esencial de considerar a la muerte, una manifestación de retribución y reencuentro con la madre naturaleza.

